

Retiro desde Caleruega

Casa de Espiritualidad
Diciembre 2020

ADVIENTO Y NAVIDAD, 2020

En los desastres de la pandemia experimentamos nuestra fragilidad. No solo es la incógnita de siempre ante la muerte. Es el miedo, la inseguridad, el dolor ante tanto sufrimiento y la impotencia para inmunizar al virus y para curar las heridas abiertas en nuestra organización social.

Ante la sombra negra del sufrimiento que congela nuestros anhelos de felicidad, no es solución el silenciamiento de todos nuestros deseos, pues hay en la vida deseos muy legítimos y laudables. Entre los mismos cristianos no es infrecuente la visión de que hemos nacido para sufrir y con nuestros sufrimientos pagamos nuestros pecados, aplacamos a Dios y nos ganamos el cielo; esta visión no responde al Evangelio: Dios es amor y nos ama también cuando somos pecadores; el sufrimiento sin amor destruye a la humanidad.

La situación que nos toca vivir es oportunidad para que nos preguntemos los cristianos en que apoyamos nuestra esperanza y qué significado tiene celebrar este año el nacimiento de Jesús, presencia de **Dios amor con nosotros**.

1. ¿Dónde está Dios?

Como a Dios nadie le ha visto, se puede negar su existencia. Admitiendo que exista cabe preguntar: ¿dónde está? ¿tiene qué ver algo con nuestra historia de dolor?. En la conducta histórica de Jesús los cristianos hemos conocido dónde está Dios y cómo actúa.

1. Cuando llegan males que nos pueden, se afianza más el antiguo argumento de Epicuro contra la existencia de Dios: si ante nuestro sufrimiento se cruza de brazos, no es bueno; y si no puede eliminar nuestros males, tampoco es omnipotente. Debemos concluir que no existe un Dios infinitamente bueno y poderoso. El filósofo griego discurría con una imagen de la divinidad fabricada en su cabeza y consiguientemente limitada. Por lo demás, aunque neguemos la existencia de Dios, no eliminamos el sufrimiento.

2. En la historia bíblica, la presencia de Dios es artículo central. Y la relación de Dios con el mal y el sufrimiento de este mundo se plantea con toda su crudeza en el libro de Job. Su autor es un creyente judío que trae a Job como figura universal del inocente maltratado y pregunta dónde está Dios que no interviene. Job es “hombre íntegro que teme a Dios y se guarda del mal”; su conciencia le dice que es inocente. Sin

saber por qué empiezan a llegarle desastres y desgracias hasta reducirlo a la miseria. Se acercan los amigos sabios y, al ver su deterioro en un primer momento se quedan mudos: “estuvieron siete días y siete noches sin dirigirle la palabra”; el sufrimiento del inocente recomienda silencio, ¿quién es capaz de explicarlo? Pero Job grita cada vez con más fuerza: “Desaparezca el día en qué nací; no tengo paz ni calma ni descanso y me invade la turbación”. Se pone el tema sobre el tapete para el debate de los sabios que, siguiendo la tradición, excusan a Dios y culpan Job; sus males deben ser castigo por su mala conducta o la mala conducta de sus parientes. Pero desde su conciencia Job reacciona contra esa interpretación tradicional. Lo que dicen los sabios representantes de la tradición son “argumentos de polvo y réplicas de barro”, “palabras vacías”. Pero ¿cómo deshacer sus argumentos?

Job dice a sus amigos sabios que conoce bien sus explicaciones: “lo sé tan bien como vosotros, en nada me aventajáis”. Decide enfrentarse al Poderoso: “quiero defenderme; presento mi causa porque sé que tengo razón”. El Todopoderoso acepta el reto diciendo “voy a interrogarte y tu responderás”. Y en seguida vienen unas preguntas de la Sabiduría: “¿Dónde estabas tu cuando fundaba yo la tierra? ¿quién fijó sus medidas? ¿has penetrado hasta las fuentes del mar? ¿has circulado por el fondo del abismo?” “¿el censor de Dios va a replicar aún?”. Y Job responde: “Yo te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos; por eso retracto mis palabras”. En realidad, Job no ha visto más que la incomprensibilidad de Dios. No llevan razón los sabios que pretenden interpretar el sufrimiento como castigo de Dios ni lleva razón Job que le hace responsable de los males sufridos por el inocente.

El mal y el sufrimiento son anejos a la misma condición de la criatura racional. En si misma lleva la limitación y como por otra parte anhela una felicidad en plenitud, no solo experimenta el dolor físico sino también el sufrimiento como dolor del alma. Pero si Dios existe ¿dónde está y qué hace ante tantos males y atropellos que destruyen a los seres humanos? El libro de Job dismantela una explicación tradicional y falsas visiones sobre la divinidad, pero no responde a ese interrogante.

3. Los cristianos hemos conocido a Dios en el acontecimiento Jesucristo, en su vida, muerte y victoria sobre la muerte. Y la conducta humana de Jesús no se explica sin la intimidad con el “Abba”, presencia entrañable de amor. Jesús experimentó y se abrió incondicionalmente a esa Presencia: “no estoy solo porque el Padre está conmigo”, “mi alimento es hacer su voluntad”. Esa apertura en el amor, que le agradó y le sostuvo, supuso un éxodo del egocentrismo, el dolor de renunciar a muchas falsas seguridades y aceptación de situaciones conflictivas que implicaron sufrimiento. Los relatos evangélicos traen amplias catequesis sobre las tentaciones de Jesús y reflejan con toda claridad el dolor del Inocente condenado. En ese trance de oscuridad y de fracaso cabe preguntar: ¿dónde estaba Dios? No estaba en el cielo contemplando el crimen como reparación de su honor ofendido. Tampoco estaba inactivo con los brazos cruzados ante la imposibilidad de hacer algo. Estaba dentro del Crucificado dándole fuerza y aliento para que el amor se manifestara con toda su intensidad y pureza en la entrega dolorosa y libre a favor de los demás. En la cumbre de la humillación y de la burla, Jesús confía en

Dios y se da por amor. Por eso el cuarto evangelista concluye: “ahí tenéis al hombre”. La humanidad que a través del sufrimiento ha madurado en el amor.

Para reflexionar:

- *Según sus primeros biógrafos, Domingo de Guzmán hablaba de Dios y con Dios; y al mismo tiempo decía “qué será de los pobres pecadores” ¿Con qué divinidad dialogaba?*
- *Hace unos años salió un libro con el sugerente título “Matemos a nuestros dioses” ¿Qué imágenes de Dios debes matar?*
- *¿Cómo experimentas a Dios revelado en el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús?*

2. En nosotros y con nosotros

Con su encarnación “el Hijo de Dios se ha unido, en cierto modo, con todo ser humano”, y en su conducta Jesucristo revela “plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” que incluye dos vertientes. Primera, crecer en el amor; estamos hechos para el don; prueba de ello es que el amor, lo más válido y valorado de nuestra existencia humana, nos saca de nosotros mismos y nos lleva sin remedio al otro: y esta salida implica éxodo del “ego”, renuncia y sufrimiento donde el amor prueba su verdad y madura. Segunda, en nuestro sufrimiento con amor, **Dios mismo en nosotros y con nosotros**, promueve la plena realización de la humanidad.

Dios está en y con nosotros como amor que nos sostiene y da sentido al sufrimiento. La salvajada contra la raza judía en el corazón de Europa fue tan execrable mientras el Todopoderoso parecía estar al margen, que algunos se preguntaban “si después de Auschwitz podemos seguir creyendo en Dios”. Pero el neurólogo Viktor Frankl, que sufrió las atrocidades en el campo de exterminio comenta: “Mis experiencias me permiten afirmar que en Auschwitz recuperó su fe más gente y la fortalecieron más personas -por supuesto a pesar de Auschwitz -que cuantos allí la perdieron. No vale decir cómo Dios permitió tantas atrocidades, sino cómo el ser humano es capaz de hacer tales crueldades que Dios presencia de amor sufre en la cerrazón de los verdugos y en el dolor de las víctimas”. Elie Wiesel narra la cruel represalia en el campo nazi de exterminio: un niño colgado en la horca. “¿Dónde está Dios, preguntó alguien detrás de mí? Y en mi interior escuché una voz que respondía: pues aquí colgado en esta horca”.

Dios no puede impedir el sufrimiento anejo a nuestra condición y sólo con nuestra colaboración, cuando nos dejamos transformar por su Presencia de amor, el sufrimiento pierde su aguijón. En esta perspectiva se comprende la experiencia de Etty Hillesun, una mística judía víctima de la barbarie nazi. Mientras está sufriendo las mayores vejaciones con otros judíos redacta un diario buscando la presencia de Dios en medio del sufrimiento. “dentro de mí hay un pozo sin fondo, y ahí dentro está Dios” “Sólo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti, y así nos ayudaremos a nosotros mismos. Es lo único que tiene

importancia en estos tiempos, Dios: salvar un fragmento de ti en nosotros. Tal vez así podamos hacer algo por resucitarte en los corazones desolados de la gente. Sí, mi Señor, parece ser que tú tampoco puedes cambiar mucho las circunstancias; al fin y al cabo, pertenecen a esta vida...Y con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos ayudarte nosotros a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior...”

Para reflexionar:

- *Cuando estamos experimentando la fragilidad de nuestra condición humana, es gratificante saber que no estamos solos. Una Presencia de amor gratuito nos constituye, nos acompaña y nos sostiene. Solo abriéndonos a esa Presencia y sumergiéndonos en ella, los males y el sufrimiento pueden ser espacio para el crecimiento en humanidad por el amor. ¿Cómo estás viviendo la inseguridad, el miedo y el sufrimiento al ver los estragos de la pandemia?*
- *¿Cómo está incidiendo esta situación en tus proyectos de trabajo?*
- *¿Se arregla todo acentuando las prácticas ascéticas, o es el tiempo de priorizar y vivir la fe o experiencia mística cristiana?*

3. Lo divino en lo humano

Siempre corremos el peligro de caer en el sobrenaturalismo y no valorar suficientemente lo humano. Pero según la fe cristiana en la encarnación, en la conducta de Jesús lo divino y lo humano van inseparablemente unidos. En estos aciagos tiempos de pandemia, debemos discernir la presencia benevolente de Dios en los anhelos, gestos y búsquedas.

Otros años en Navidad hemos celebrado la presencia de Dios en y con nosotros como ternura, relación de amor, abrazo de afecto y reconciliación entre todos. Este año podemos celebrarla como confianza y coraje de futuro. En momentos duros esa Presencia no está lejos de nosotros ni junto nosotros, sino dentro de nosotros como amor que se da, como fuerza y energía, como fuente inagotable de vida que continuamente mana. Presencia de lo divino en lo humano que vemos en la generosidad de tantas personas que en estos meses han arriesgado su propia seguridad para cuidar la vida de los otros. En las privaciones voluntarias de muchos pensando en el bien común. En la trabajosa búsqueda de soluciones a la crisis económica. En el mismo sufrimiento asumido y procesado con amor.

Porque celebramos el nacimiento de Jesucristo, las fechas de Navidad siempre son tiempo de alegría; y porque esa celebración de algún modo evoca ese mundo utópico de ternura y convivencia pacífica que en el fondo todos anhelamos, esas fechas tienen un cierto eco universal. Pero en la situación que estamos viviendo tiene singular incidencia la buena noticia decisiva: “Paz a los seres humanos porque Dios los ama”. La experiencia de ser amados incondicionalmente puede ser el oxígeno que necesitamos cuando el fracaso y inseguridad nos perturban. Estamos enraizados en el amor más fuerte que la muerte. Nadie podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Navidad o nacimiento de un niño cuyo amor ha vencido la muerte. Las próximas semanas son tiempo propicio para avivar esa fe o experiencia en clima de silencio y de oración. No

para despertar a Dios o ponerle de nuestra parte, sino para expresar nuestra fragilidad y abrimos esperanzados a esa Presencia de amor en que habitamos. En la oración nos abrimos totalmente a la presencia de Dios que nos ama, y esa apertura entra nuestra toda nuestra existencia con sus momentos de gozo que inspiran acción de gracias y con sus momentos de fragilidad que se manifiesta como petición, En esta situación de pandemia y en la buena noticia de Navidad, nuestra oración tiene que respirar la confianza salmista: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú, Señor, vas conmigo”.

Para reflexionar:

- *Después de estas sugerencias ¿qué sentido puedes dar a tu experiencia de fragilidad y de sufrimiento?*
- *Si el mal y el sufrimiento van anejos a nuestra condición de criaturas racionales ¿qué significado tiene pedir a Dios que desaparezca la pandemia?*
- *Mirando a lo que ahora estás viviendo, ¿qué actitudes recomienda en este Adviento y en esta Navidad la Palabra de Dio?: “estad atentos”, “María contestó: aquí está la pobre del Señor”; “los pastores se pusieron en camino”*

